



LIBROS HISTÓRICOS

Coordinador: Dr. Francisco Varo

EDITORIAL Pág. 2

SECCIÓN MONOGRÁFICA

1. Arqueología e historia de Israel Pág. 5
Francisco VARO

2. La "historia deuteronomista" Pág. 15
Pedro Ignacio FRAILE YÉCORA

3. La historia en los libros de las Crónicas ... Pág. 25
José Alberto GARIJO

4. Historia y teología en 1 Macabeos Pág. 37
Agustín GIMÉNEZ

5. La recepción de los libros
históricos entre los cristianos
de los primeros siglos Pág. 47
Carlos JÓDAR ESTRELLA

SECCIÓN ABIERTA

1. El dibujo de la historia Pág. 57
Raúl BÉCERRIL AVENDAÑO

SECCIÓN DIDÁCTICA

1. La historia de Israel en la música sacra:
Antología (2/4) Pág. 66
Juan Carlos GARCÍA DOMENE

SECCIÓN INFORMATIVA

1. Boletín bibliográfico bíblico Pág. 71
2. Noticias Pág. 72

EDITORIAL

Las grandes crisis culturales, sociales o religiosas invitan a la reflexión. Es tiempo de analizar a fondo lo sucedido, hacer valoraciones, asumir los posibles errores y construir el futuro con un rumbo adecuado.

La crisis que siguió a la caída de Jerusalén ante las tropas de Nabucodonosor en el año 586 a. C., y el posterior destierro a Babilonia, supuso una prueba de grandes dimensiones, no menor que la que actualmente sufre la cultura cristiana.

Pero en esos momentos de enormes dificultades el Espíritu impulsó a una reflexión ponderada que condujo a repensar con profundidad la historia inmediata y los verdaderos orígenes de lo que sucedía. En ese contexto se compusieron los libros de Josué, Jueces, 1 y 2 Samuel, 1 y 2 Reyes, que forman la historia llamada «deuteronomista», porque en todos ellos se realiza una valoración de lo sucedido a la luz de la ley contenida en el libro del Deuteronomio. Pedro Ignacio Fraile nos ayudará en su estudio sobre la «historia deuteronomista» a comprender estos textos y a sacar de ellos consecuencias para el momento actual.

Durante la dominación babilónica en el siglo VI a. C., y en los siglos posteriores, bajo el dominio persa, se vivieron momentos muy difíciles para la fe del pueblo que quedó en Judea. Parecía que el Señor se había marchado y sólo quedaba una tierra desolada y sometida por la que vagaban gentes sin esperanza.

El estudio de José Alberto Garijo sobre «La historia en los libros de las Crónicas» ayuda a percibir que también en los momentos en que no se ven de inmediato los frutos de la fe y parece que todo se construye a base de pura fuerza, en un ambiente religiosamente frío que no invita a grandes proezas, el Señor está junto a los suyos y cuenta con su fidelidad. La comunidad judía del postexilio necesitaba reavivar su esperanza para mantener su identidad. Pensando en ella, el Cronista escribe su obra, una historia que es «maestra de la esperanza».

Más adelante, a finales del siglo IV a. C. el pueblo de Israel quedó inmerso en una crisis cultural y religiosa que guarda ciertas analogías con el momento presente. El helenismo era una nueva y brillante cultura pagana que, a partir de las campañas militares de Alejandro Magno, se extendía por el mundo entonces conocido, con un potencial intelectual y técnico de tal superioridad sobre los usos y costumbres de los pueblos del Próximo Oriente, que hizo temblar los fundamentos mismos de todas las creencias tradicionales. Muchos judíos pensaron que la fe aprendida de sus

padres era una reliquia del pasado y que había llegado el momento de abandonarla para abrirse a los nuevos aires de la racionalidad.


Libros como el Primero de los Macabeos, compuesto en este periodo de profundos cambios culturales, ofrecen un testimonio impresionante de que no faltaron personas cabales, que buscaron afanosamente las razones de su fe y se empeñaron en mantener una conducta coherente con lo que pensaban, fiel reflejo de su propia personalidad. El estudio de Agustín Giménez sobre «Historia y teología en 1 Macabeos» muestra que podemos aprender mucho de su actitud y de su confianza en Dios, como se comprueba en el sucinto recorrido que nos invita a hacer por las páginas de ese libro.

Los libros históricos del Antiguo Testamento nos hablan de unos problemas reales. No usan, sin embargo, el riguroso y frío lenguaje técnico que los actuales libros de historia emplean para describir los acontecimientos. Los presentan, en cambio, con los géneros literarios más apropiados para subrayar dimensiones de la realidad que escapan a ese lenguaje: la fidelidad o infidelidad a la Alianza, las consecuencias personales y sociales del pecado, o la fe y la esperanza que Dios infunde en los corazones. Pero los relatos bíblicos no son meras creaciones literarias desconectadas de la historia.

Por eso, me pareció oportuno comenzar este cuaderno presentando una recopilación de los hechos más relevantes sobre los que tenemos información suficiente por fuentes históricas independientes de los textos bíblicos, que nos ayuden a situar el contenido de los libros históricos del Antiguo Testamento en la común historia universal de la antigüedad. Es lo que se puede leer en mi estudio sobre «Arqueología e historia de Israel».

Los primeros cristianos del Antiguo Testamento ya se encontraron con esos problemas en la lectura de estos libros. Pero supieron afrontarlos adecuadamente. El estudio de Carlos Jódar nos asoma a «La recepción de los libros históricos entre los cristianos de los primeros siglos», centrándose en la polémica surgida entre Marción y Tertuliano, que nos ayuda a ver cómo esos primeros lectores cristianos, a pesar de que se tropezaban con pasajes difíciles, no prescindieron de estos libros, para no quedarse sin la rica enseñanza que contienen.

Unos libros que nos enseñan a vivir también hoy la fe en Dios y la fidelidad a su Alianza en las más diversas situaciones en que nos encontremos.



Francisco Varo

ARQUEOLOGÍA E HISTORIA DE ISRAEL



Francisco Varo

En la Biblia leemos que los israelitas, guiados por Josué, pasaron el Jordán y tomaron posesión de la tierra prometida. Nos quedamos admirados ante las hazañas de David o la magnificencia del templo construido por Salomón. Lloramos la desgracia del pueblo de Dios conducido al destierro. Pero ¿hay algún modo de saber si los libros del Antiguo Testamento que nos hablan de la historia de Israel son realidad o ficción?

A veces encontramos en sus páginas diversas versiones de los mismos relatos, ¿a qué se debe?, ¿bastaría quedarse con una de ellas o todas tienen algo que decirnos?

Me encanta la Biblia, pero lo que cuenta, ¿es verdad o no? ¿Son bonitos relatos que hacen pensar o tienen algún fundamento en la historia real? También me gustó mucho *El señor de los anillos*, y cuando descubrí *Las crónicas de Narnia* me pasó lo mismo: fue como asomarme a unos mundos apasionantes y conocer historias que te hacen pensar. Los disfruté, ¡y ya está! Aunque sé que nunca voy a hacer una excursión por la Tierra Media y que detrás de los abrigos de mi armario no hay ninguna puerta a un mundo fantástico. Pero ¿qué pasa con la Biblia?

Con lo que vemos en documentales de la televisión, leemos en novelas o curioseamos en Internet, no es raro que se nos hayan pasado por la cabeza alguna vez preguntas parecidas. En realidad, la cuestión es apasionante y tiene muchas implicaciones para la solidez de nuestra fe, e incluso en nuestro modo de afrontar la vida. Sería interesante que charlásemos despacio de todo eso.

1. Con gorro y gafas de sol

De momento comenzaremos con algo sencillo y agradable. Nos asomaremos a la historia real y con lo que veamos ahí podremos ir sacando algunas consecuencias para saber a qué atenernos cuando leemos la Biblia.

Nos vamos a poner ropa de aventura, un gorro y unas gafas que nos protejan del sol, y saldremos de vacaciones a las tierras del Próximo Oriente, a levantar la tierra y descubrir qué secretos del pasado están escondidos bajo el suelo. Nos daremos una vuelta por las excavaciones arqueológicas e iremos recogiendo información sobre lo que se ha encontrado en cada sitio.

Han aparecido muchas cosas. Desde que, a mediados del siglo XIX, comenzaron las campañas arqueológicas, en esa zona han salido a la luz muchos datos del pasado, pero sería ingenuo pensar que ahora se puede comprobar cada



detalle de lo que sucedió. Sobre todo porque la mayor parte de las cosas que pasan, como el amor de una madre, el consuelo de un amigo o la alegría de recordar en familia los acontecimientos vividos, de ordinario no dejan huellas en las piedras de las casas ni en los utensilios domésticos, que es lo que suele encontrarse al excavar. Pero de que no se encuentre nada no se puede deducir que no hayan existido.

Habrà que ser, por tanto, muy prudentes. Cuando tengamos la suerte de encontrar algo, ¡genial! Por lo menos podremos afirmar con rigor histórico que aquello sucedió realmente. Pero no seremos tan ingenuos como para negar que existió aquello de lo que, a pesar de nuestra búsqueda, no hayamos encontrado vestigios.

Después de más de siglo y medio de excavaciones, la verdad es que, si no todo, se sabe bastante. Al menos lo suficiente para acercarse a la historia de los dos milenios anteriores a Cristo con unos datos seguros. Y existe además la posibilidad de que futuros descubrimientos permitan conocer con más detalle otros aspectos o completar los datos históricos sobre algunos personajes.

En las páginas que siguen nos limitaremos a mencionar los hechos fundamentales que, de momento, se pueden considerar históricamente comprobados. No nos apoyaremos en lo que dice la Biblia, sino en lo que muestra la arqueología. Una vez que tengamos esos datos podremos compararlos con lo que se nos cuenta en la Biblia y reflexionar sobre los resultados.

2. Pastores nómadas por tierras áridas

El primer momento en el que la ciencia histórica permite dibujar un paisaje donde encuadrar algunos relatos bíblicos es en el período que los arqueó-

logos denominan de transición entre el Bronce Reciente y el Hierro I (esto es, a partir del año 1600 a. C., aproximadamente) en lo que ahora es Israel o Palestina.

Ese país no constituye una unidad geográfica. En él se pueden distinguir, a grandes rasgos, las siguientes regiones naturales: una llanura costera; una zona de colinas en el norte (Galilea), entre la costa y el lago de Genesaret; un amplio valle que atraviesa el país de este a oeste desde el Jordán hasta el Carmelo (Yezrael); una zona central de colinas (Samaría); una región meridional montañosa que cada vez es más desértica conforme se avanza hacia el sur (Judea) y el valle del Jordán, que corre de norte a sur y une el lago de Genesaret con el mar Muerto, con una vegetación esteparia al

oeste del Jordán y más fértil en la orilla oriental.

En esa época hubo unas grandes sequías en todo el territorio, lo que obligaba a la gente a abandonar los pequeños poblados en que vivían, porque allí no tenían ya nada que comer, para concentrarse en grandes pueblos o ciudades situados en las tierras bajas o en los grandes valles que se abren entre las montañas, que eran terrenos más aptos para la agricultura.

El sistema político que se impondría durante ese tiempo sería el de la llamada "ciudad-Estado". Es decir, ciudades bien fortificadas, independientes unas de otras, en las que se concentraba el comercio de la región adyacente y se ofrecían a las personas que vivían en los alrededores unos elementos defensivos comunes donde poder refugiarse cuando fuera necesario.

Los restos arqueológicos permiten comprobar que la influencia de Egipto llegaba a muchas "ciudades-Estado" de esta zona. En las cartas de Tell el Amarna (siglo XIV a. C.) se alude a varias de ellas, entre las que destacan Laís (Dan) en el norte, Siquén, Meguidó y Siló en la región central. En el sur, más pobre, se menciona algún poblado, como Guézer.

Después de más de siglo y medio de excavaciones, la verdad es que, si no todo, se sabe bastante. Al menos lo suficiente para acercarse a la historia de los dos milenios anteriores a Cristo con unos datos seguros